

# Ibéria. A relação entre Portugal e Espanha no século XX

JOSÉ MIGUEL SARDICA

Lisboa. Alêtheia Editores, 2013

Gracias a la comprensión de la directora de esta serie de *Espacio Tiempo y Forma*, coloco a última hora unas apresuradas líneas sobre un libro importante, que no debe pasar desapercibido en España, como tampoco el nombre de su autor.

José Miguel Sardica, Decano de la Faculdade de Ciências Humanas de la Universidade Católica Portuguesa es, en la plenitud de una madurez aún joven, un notable historiador de la Edad Contemporánea de Portugal. Resulta en efecto llamativa su feliz propensión a abarcarla en su conjunto sin merma alguna del rigor académico. Que yo sepa, y solo por hablar de libros, la producción historiográfica de nuestro autor comenzó por el período de la monarquía constitucional, en sus dos extremos, el terminal del *franquismo* (1994) y el fundacional de la primera *Regeneración* (2001); abundó en el Portugal *regeneracionista* con su biografía del Duque de Ávila (2005); derivó luego al conjunto del siglo XX portugués (2011) al que dedicó una síntesis bien documentada, al tiempo que regresaba ese mismo año a los orígenes de la contemporaneidad con su «*Europa napoleónica e Portugal*». Entre tanto, ha ido dando a la luz numerosos artículos y estudios más breves, parcialmente compilados en un reciente y valioso volumen (Portugal Contemporáneo), que revelan siempre la inquietud, la coherencia temática y el talento del historiador. Esos antecedentes explican y avalan más que de sobra el éxito con que ha resuelto la elaboración de una generosa y documentada obra sobre la relación luso-española durante los últimos ciento veinte años: entre el Ultimátum

(1890) y el aún reciente advenimiento de los gobiernos de centro-derecha en Lisboa y Madrid.

En la base del libro no hay investigación archivística propia, pero sí un copioso soporte bibliográfico, que refleja lo mucho que en las últimas décadas se ha ido avanzando en la exploración de fuentes primarias y en la elaboración de estudios parciales sobre el tema. Tanto como para que la erudición y la pericia del historiador pudiesen acometer un trabajo de conjunto, amplio, cargado de datos y de feliz interpretación.

Su obra trasciende, además, el clásico estudio político-diplomático de la relación bilateral ibérica. No solo porque a menudo tiende a extenderse sobre el terreno de las referencias culturales, sino por la presencia del escenario internacional y los poderosos —y casi siempre silenciosos— efectos que ejercen sobre esa relación las respectivas situaciones internas y/o exteriores por las que va circulando la vida de las naciones peninsulares. El libro apunta, por tanto, a una perspectiva poliédrica, de propensión totalizadora, en general bien lograda. La intensidad de los factores en juego varían de un capítulo a otro, porque aquellos también oscilan de uno a otro tiempo históricos. Habla más y más alto la diplomacia explícita cuando el contencioso ibérico también se torna más directo y visible, lo que suele acontecer antes del 45; se impone, en cambio, el ejercicio de historia comparada, reveladora de influyentes flujos de implícita injerencia, cuando el historiador siente que no debe dejarse engañar por la paz de la corrección política, como vendría a darse en el período de las dictaduras e incluso de los procesos posteriores.

Con estos mimbres, no es difícil adivinar la calidad del producto. En las más de trescientas cincuenta páginas de su *Ibérica* José Miguel Sardica sigue con detalle la compleja peripecia, no poco «clínica» de la relación peninsular, plagada de altibajos que delatan su naturaleza esquizofrénica. Desde las célebres crisis finiseculares del diecinueve hasta la más reciente actualidad, el autor va recorriendo, en sucesivos capítulos, diversos y bien caracterizados tramos de la evolución peninsular: el «peligro español» de la *belle époque* y de la I Guerra; la «amistad peninsular» bajo las dictaduras de los veinte; la amenaza iberorrevolucionaria de la II República; las amistades necesarias y recelosas de la guerra civil española y de la segunda conflagración mundial; la solidaridad inevitable y oscilante de las dictaduras durante la guerra fría y el huracán descolonizador; el proyecto de renovación ententista bajo marcelismo; los riesgos superados de la transiciones democráticas; en fin, el camino, la llegada comunes a Europa, y la vida europea de la Península. Quince capítulos en total, con dos más, inexcusables, —uno introductorio para el XIX y otro final, de conclusiones y perspectivas— articulan, en la impecable lógica del acontecer peninsular e internacional, el recorrido histórico de la relación luso-española. El lector percibe enseguida la racionalidad del discurso, donde tampoco le será difícil descubrir tres fases históricas mayores, implícitas pero transparentes, que corresponden y explican otros tantos tiempos peninsulares, acotados sobre todo por el escenario mundial: un tiempo de discordia

(1890-1942); un tiempo de paz (1942-1974); un tiempo de progresiva e inevitable concordia, abierto por la democracia y el común destino europeo de Madrid y Lisboa. Y deberá subrayarse el importante y bien logrado esfuerzo del autor para analizar con generosa amplitud —incluida la cultura y el recurrente debate «iberista»— las últimas décadas de la relación peninsular, que en general la historiografía suele liquidar con dictámenes donde preponderan los registros económicos.

La *Ibérica* de José Miguel Sardica nos transmite, con pleno acierto, un siglo XX de encrucijada histórica en la relación peninsular: avanzando primero hasta un nivel máximo de tensiones —a menudo soterradas— para refluir luego en apaciguamiento, que acabará por instalarse en una zona —democrática y europea— de amigable comunicación entre portugueses y españoles. ¿Fin de la historia? En modo alguno. Las enjundiosas páginas del capítulo de conclusiones muestran la persistencia de reservas; aún más, sugieren cómo la propia historia peninsular, larga y densa en su dialéctica de aproximaciones y rechazos, constituye una especie de estructura relacional siempre ineludible en la acción transformadora de los presentes, actuales o venideros. Dejan naturalmente abierto el destino de la relación entre las dos comunidades ancestrales, que acaso nunca perderán los rasgos distintivos de una historia dilatadísima y de una geografía inamovible. Ni tienen éstos por qué perderse para que las relaciones ibéricas se tornen cordialmente amigables. Si no leo mal las entrelíneas de Sardica, la fórmula magistral tendría mucho que ver con esa perspectiva de «aliancismo peninsular», bastante más portuguesa que española, como nos recuerda el autor; que viene sobre todo de Oliveira Martins y António Sardinha; que —subrayaría yo—, a través de éste, echa raíces en la contrarrevolución española; o sea, en el franquismo; y, a la postre, en la *cultura ibérica* de la España posterior a la II Guerra.

En un tema como el de las relaciones luso-españolas, tan repleto de insidiosa y nunca del todo desactivada carga nacionalista, no hubiera resultado extraño que asomase en algún momento una toma de partido más o menos encubierta. Pues bien, la *Ibérica* de José Miguel Sardica se instala siempre en un nivel modélico de objetividad y de ponderación. No rehuye los juicios, porque es historiador y no cronista, pero éstos están siempre cargados de racionalidad histórica: ajenos a filias o fobias, matizados por el conocimiento de la «larga duración» peninsular, generados por la sana empatía con una historia *ibérica* pluriforme y contradictoria, en donde podía haber y cupo todo, desde megalomanías absorcionistas (Alfonso XIII) y paranoias hispanófobas (Franco Nogueira), a apasionados amores y despectivos silencios. Todo, y bajo todos los enfoques en que el historiador puede percibir el formidable don de ubicuidad del factor *ibérico*, forma parte de una realidad compleja, que en las cuatro últimas líneas de su libro resume el autor con precisión contundente: «En el fondo, la esencia de Ibérica —y la de su (im)posible unidad en la dualidad política que la divide hace casi novecientos años— es la de una unión de hecho, que nunca acabó en matrimonio, pero que tampoco permite la separación». Buen reflejo de una metodología certera; y virtuoso principio para cualquier empeño de política peninsular.

Hipólito de la Torre Gómez  
Dpto. de Historia Contemporánea UNED